

Andrea Pagni*

Memorias de la nación y memorias de la represión en América Latina

Puede pensarse que el interés por el tema de la memoria tiene que ver, en América Latina, con un cambio de mirada: si hasta comienzos de los setenta los grandes relatos latinoamericanos apostaban por el futuro, a partir de entonces esos relatos y ese futuro han sido abrupta o sistemáticamente destruidos o deconstruidos. El último gran relato latinoamericano, el de la revolución, quedó definitivamente atrás en septiembre de 1973 y aquel primer gran relato, el de la nación y su destino de grandeza, se ve amenazado desde hace un par de décadas por los embates de la globalización. Lo que ambos relatos tenían en común, era una tensión de futuro. A partir de la meta que cada una de esas narrativas proponía –la liberación de los pueblos oprimidos o la grandeza de la nación en sus distintas versiones y visiones desde México hasta los países del Cono Sur– se armaban lecturas, interpretaciones del pasado. En otras palabras: el pasado se construyó en América Latina, hasta principios de los años setenta del siglo XX, a la medida del futuro. En el gran relato de la nación iniciado en el siglo XIX, el pasado era la sumisión a la metrópolis colonial, o a las fuerzas de la barbarie y el caos que había que derrotar mediante la construcción de Estados nacionales homogéneos e integradores, claramente delimitados y bajo control, de la mano de los letrados. En el gran relato revolucionario de los años sesenta del siglo XX, el pasado era la injusticia, la explotación, la desigualdad de la que la revolución liberaría a las masas oprimidas. El pasado (y también en buena medida el presente) era lo que había que superar, la dimensión en la que se inscribían los primeros pasos hacia esa meta que constituía el horizonte de las ideas y las acciones de los ideólogos de la nación y de los ideólogos de la revolución. Los letrados del siglo XIX, que fueron los constructores de la nación, eran también sus historiadores; escribir la historia era parte del proyecto. Los autores del *boom* llevaban a cabo la revolución en la literatura y reescribían allí el pasado de América Latina a la medida de sus esperanzas. El pasado se leía o se construía con vistas al futuro, se elaboraba a su medida; el futuro estaba claro.

Esto ya no es así. No es la concepción de futuro la que le da sentido al pasado: por el contrario, es el modo de relacionarnos con el pasado el que le da o le puede dar algún

* *Andrea Pagni es profesora de Literaturas Románicas en la Universidad de Erlangen-Nürnberg (Alemania) y autora y editora de estudios sobre literatura de viajes, culturas de la memoria y procesos de traducción cultural. Últimamente ha editado un número especial de la revista Estudios (Caracas) con el título: América Latina: espacio de traducciones (2005).*

sentido al futuro, justamente en momentos en los que ese futuro parece estar perdiendo su sentido. Es posible distinguir diversas direcciones de esa mirada retrospectiva: una de ellas está vinculada con los crímenes cometidos por las dictaduras en el Cono Sur que pusieron abruptamente fin a la utopía revolucionaria; otra tiene que ver con el fin, menos abrupto pero no menos evidente, de la utopía de la nación, que no hay que confundir con el fin de la nación. Los estudios a los que me referiré en esta reseña se ocupan de esas dos tendencias y revisan aspectos vinculados a las memorias de la represión o bien a las memorias de la nación.

Memorias de la nación

Derechos de memoria reúne un conjunto de trabajos resultantes de la tarea de un equipo uruguayo de investigación dirigido por Hugo Achúgar, que coordina el volumen. En la introducción (“Derechos de memoria, sobre independencias y Estados-nación en América latina”, pp. 5-58), el crítico uruguayo señala que la idea de investigar hoy la memoria colectiva en tanto capital cultural, simbólico y político de las comunidades nacionales, es decir los imaginarios del Estado-nación surgidos entre fines del siglo XVIII y comienzos del XX tiene que ver con la “necesidad de repensar o refundar los Estados nacionales en función de la tremenda crisis política y social de un vasto grupo de países de nuestra América” (p. 7). Teniendo siempre a la vista el lugar desde el cual el grupo interroga y estudia esos imaginarios, Achúgar observa que los actuales “debates [sobre la memoria] son un combate por el botín, por ese patrimonio cultural del cual los participantes en esos debates desean apropiarse” (p. 35). Y si bien en “la presente apoteosis de los medios de comunicación, la memoria pública no es construida por los Estados nacionales ni por la sociedad civil (o si se prefiere, por el “pueblo” u otra caracterización del sujeto histórico no hegemónico) sino por el propio sistema de los medios de comunicación que tampoco necesariamente es un sistema controlado por el Estado” (p. 39), estas reevaluaciones del pasado nacional siguen realizándose, observa Achúgar, en América Latina desde la formación social del Estado-nación, aun cuando se realicen en medio de procesos de globalización o regionalización (p. 46), para impedir “la pérdida mayor de la identidad, del nombre, de la cultura o del propio país” (p. 47). Esas reflexiones marcan algunas de las coordenadas del lugar desde donde escriben los seis autores de este libro.

Susana Poch (“Aura de inicio, trazas de escrituras: actas de independencia de América, 1776-1903”, pp. 59-121) reconstruye el proceso de instauración de las actas de independencia de los Estados-nación a partir de la documentación confeccionada por la OEA en 1955, que reúne los documentos que en ese momento los países miembros de la OEA consideraban actas fundacionales. Poch lee el proyecto de esa documentación sobre el trasfondo de la política panamericanista de los EE.UU. y localiza allí el lugar ideológico desde donde se confecciona la homogeneidad interamericana de ese documento. Casi ninguna de las actas allí transcritas lo es de un documento original, sino que en la mayoría de los casos los originales se perdieron, de manera que la colección que propone la publicación de la OEA es un simulacro de documentación original: “en el momento de su enunciación, las actas aún no habían alcanzado su sentido aurático como símbolo integrado en el imaginario nacional” (p. 75), de ahí que no se les diera tanta importancia como la que pretende instaurar el proyecto de la OEA en 1955. Además su materialidad

aparece descuidada, y por lo general, existen varios textos diferentes, entre los que cada Estado selecciona uno para convertirlo en acta de nacimiento de la nación. Poch releva, además, las políticas del olvido que en el momento mismo de redactar las actas que analiza, borra voces disidentes en los proyectos independentistas para crear la ilusión de homogeneidad característica de los proyectos de construcción de la nación.

Clara Paladino (“Fiesta y contrapunto: miradas en las celebraciones de la independencia en América”, pp.123-188) se ocupa de las fiestas nacionales en Buenos Aires, Montevideo, Santiago de Chile y México. En la medida en que la fiesta “supone la participación de toda la comunidad [...] puede considerarse la materialización de la cohesión de una comunidad en la forma de nación” (p. 126). La fiesta es, además, “una forma de motivar la actividad y la solidaridad” (p. 128); esto y la necesidad “de establecer efemérides, que inauguren una nueva era” (p. 129) explica la voluntad de festejos conmemorativos inmediatamente después de iniciada la “revolución”. Paladino analiza diversos documentos que refieren festejos en torno a los aniversarios y llama la atención sobre la paradoja del carácter efímero de las fiestas y el deseo de un tiempo futuro y eterno que las sustenta: ¿es lo efímero un resto barroco o una marca de la vulnerabilidad de las nuevas naciones? (p. 135). Como en todos los artículos del volumen, Paladino también subraya las voces disidentes, las disonancias que perturban la homogeneidad deseada: es el caso de la española María Leoncia Pérez, quien describe desde la perspectiva de quien por definición queda excluida de tales festejos, las fiestas mayas de Montevideo en 1816.

Alejandro Gortázar (“Del aullido a la escritura. Voces negadas en el imaginario nacional”, pp. 189-263) reconstruye aspectos de la historia de los afro-uruguayos tratando de recuperar la voz del esclavo negro Benito en la ciudad letrada colonial, o en la ciudad criolla la voz del letrado negro Ansina, a quien la historiografía oficial concedió el dudoso privilegio de ser el “fiel asistente negro” de Artigas (p. 231). Esas voces negras, entre muchas otras, fueron silenciadas por la historia oficial porque perturbaban la “*etnicidad ficticia* instituida por el Estado nacional” (p. 192). “La apropiación de la palabra del negro, a través de un simulacro de su habla, fue uno de los primeros gestos del letrado criollo en Montevideo”, observa Gortázar (p. 221), quien ve su estudio como un aporte a la elaboración de un nuevo relato de los orígenes de la nación, en función de la recuperación de las voces de quienes fueron sistemáticamente olvidados (p. 193). Gortázar termina formulando el desafío de lo que llama una “historia menor”: “la necesidad de tener una cultura común que se construya con la participación de muchas voces” (p. 263).

Sonia D’Alessandro (“Tiradentes: del inconfidente al héroe”, pp. 265-340) reconstruye una historia excepcional entre las historias de los héroes de la independencia: la del brasileño José Joaquim da Silva Xavier, conocido por su apodo Tiradentes (“sacamue-las”), preguntándose por el proceso de su construcción como “héroe-símbolo” (p. 272), en la que participaron por un lado sus compañeros en la conjura republicana de fines del siglo XVIII, y por otro también, mucho más tarde, los historiadores. A partir de la convicción de que “el héroe no nace [...], lo hacen” (p. 272), D’Alessandro revisa la construcción discursiva de Tiradentes por parte de la historiografía brasileña, pero también releva “el relato del devenir de Tiradentes, desde el inconfidente al héroe nacional, [...] en las calles y las plazas de todo Brasil” (p. 324), estudiando monumentos, festividades y diversas representaciones artísticas y literarias y preguntándose, finalmente, por la pulsión que lleva a “soñar un héroe que sueña una patria” (p. 340) también hoy.

En el último artículo del libro, Javier Uriarte (“Las fechas y la invención del sistema simbólico nacional en América Latina”, pp. 341-400), revisa la construcción y el uso de las memorias nacionales por parte de distintos Estados iberoamericanos a partir del estudio comparativo de las fechas de feriados nacionales, la promulgación de constituciones, la abolición de la esclavitud, la construcción de figuras del héroe, la aparición de sellos postales y monedas nacionales, buscando, como todos los autores del volumen, “descubrir rupturas en un discurso que se presenta como continuidad armónica” (p. 347). Los estudios del grupo de investigación dirigido por Achúgar y reunidos en este libro son un resultado interesante de la pregunta por la construcción de las memorias de la nación en un momento en que la nación como institución está siendo cuestionada desde diversos ángulos. En lugar de insistir positiva o negativamente en el fin de la nación, Achúgar y su grupo abogan por una revisión y una ampliación del concepto y de la institución, a partir de la certeza de que todavía vale la pena, y tiene sentido, sobre todo en vistas de las implicaciones de la globalización en América Latina, seguir hablando de y desde la nación, pero una nación que cuestione sus postulados fundacionales y amplíe sus bases consensuales. A esta postura de revisión se refiere el título del libro, una cita de *Hamlet*, que remite al derecho que tenemos hoy de revisar y recordar los imaginarios nacionales que surgieron con los nuevos Estados a partir de la independencia.

Vinculado con los planteos de *Derechos de memoria* está el conjunto de trabajos reunidos en el volumen colectivo *Nación, Estado y cultura en América Latina*, también resultado de las reflexiones de un grupo de investigación, ahora de la Universidad de Chile, en torno al tema de Estado, nación e identidad cultural. También aquí los autores parten de una “necesidad de redefinir hoy lo que entendemos por nación y Estado” (p. 8) ante lo que consideran una crítica excesiva y peligrosa a dichos conceptos, y proponen “pensar el espacio de la nación como una realidad heterogénea, múltiple y dialógica” (p. 9), en lugar de rechazar de plano la idea de nación o verla como un proyecto perimido. Sobre todo en la introducción de Grinor Rojo, Alicia Salomone y Claudia Zapata (“Postcolonialidad y nación: algunos aspectos de la discusión teórica”, pp. 17-48), se observa una clara intención combativa contra las posiciones del “neoliberalismo globalizador” con su glorificación del mercado como instancia supra y postnacional, y de “los llamados críticos de la postcolonialidad” (p. 17), que restan importancia a las luchas nacionales. Los autores hablan como parte de esa “fracción de humanidad que no es ‘migrante’” y que reivindica las ideas de nación y de sujeto frente a lo que consideran “coqueterías desterritorializadas” (p. 38) de los teóricos del postcolonialismo. El rescate y la reinterpretación de ciertos aspectos de los imaginarios nacionales a partir de un trabajo de memoria, que constituye solamente una de las zonas de este libro, tiene ese trasfondo. Voy a limitarme aquí a las contribuciones que se sitúan en esa zona, donde se efectúa lo que podríamos considerar un trabajo de memoria sobre los imaginarios de la nación en América Latina. Menos militante en el tono, y más matizado en sus reflexiones, Bernardo Subercaseaux parte, en “La construcción de la nación y la cuestión indígena” (pp. 69-80), de la convicción de que el “ideal asimilacionista” basado en una “concepción homogeneizadora” de la nación “convirtió la diferencia cultural en una desventaja” (p. 69) y promovió, en el siglo XIX y buena parte del XX, el borramiento de la población indígena de los imaginarios nacionales latinoamericanos. Sin embargo, desde hace algún tiempo, la cuestión política planteada en América Latina por el movimiento indígena encuentra, observa Subercaseaux, “en el escenario de la globalización [...] un considerable eco” (p.

78), y “pone a prueba la profundización democrática en cada país y su capacidad de aceptar una nación plural y diversa” (p. 79).

En “Imaginaros de género y relecturas de la nación” (pp. 81-121), Kemy Oyarzún pregunta, desde una crítica del género, por “las condiciones en las que se constituyó la nación como macrorrelato legítimo a expensas de una política de las diferencias” (p. 88) y revisa una serie de estudios crítico-literarios y culturales (Ramos, Pratt, Masiello, Molloy, etc.) que dan cuenta, al analizar los procesos de constitución de las culturas nacionales, de las tensiones entre “contrato social” y “contrato sexual”, de las dificultades de “incorporación del sujeto escritural femenino al corpus nacional” (p. 109). En definitiva, Oyarzún ve en esta labor crítica actual la intención de “inscribir antiguos sujetos escindidos y subalternos, periféricos para la nación Estado en su momento fundacional, en el mapa incierto de las actuales inflexiones de la globalización” (p. 118). Como Subercaseaux, también Oyarzún parte de una “crisis de la nación-Estado” (p. 3), en la que “lo que está en debate no es solo la ampliación de la interlocución ciudadana hegemónica sino su desconstrucción y su crítica radical” (p. 82), no para celebrar su disolución, sino para ampliar y diversificar su estatuto.

De la “emergencia de nuevos sujetos en el cambio de algunos imaginarios nacionales republicanos” del siglo XIX se ocupan José Luis Martínez C., Nelson Martínez B. y Viviana Gallardo P. (pp. 161-190). Buscan explicar “la construcción de alteridades republicanas” a partir de las posiciones de poder desde las cuales se articularon los discursos sobre indios y mestizos, explorando sus regularidades, préstamos, continuidades y rupturas (p. 164 s.). Así, distinguen un primer momento en que rotos, cholos y gauchos constituían una peligrosa alteridad desde la perspectiva del “orden imaginado de la modernidad, entendida esta como un verdadero proyecto nacional” (p. 177), mientras que en un segundo momento pasarán a constituirse en “sujetos populares nacionales” (p. 182) a través, proponen los autores, de un desplazamiento discursivo en diversas etapas, que separó primero a los mestizos de los indios, marginando aún más a estos últimos y segregándolos espacialmente (p. 184), convirtiendo luego, en especial a cholos y rotos, en sujetos urbanos, y volviéndolos finalmente intermediarios aliados de las clases dominantes y enemigos de los indios desplazados a una absoluta marginalidad. Este recorrido por los avatares de la figura del cholo, el roto, el gaucho, convertidos hoy en símbolos de la nacionalidad chilena, peruana, argentina, desemboca en los imaginarios nacionales contemporáneos, donde estas figuras simbólicas nacionales siguen teniendo espesor. Los mismos autores firman el siguiente artículo, sobre la “presencia y representación de los indios en la construcción de nuevos imaginarios nacionales” en Argentina, Bolivia, Chile y Perú entre 1880 y 1920 (pp. 191-222), y Eva Muzzopappa estudia la presencia de “los mapuches en el discurso del ejército chileno” (pp. 275-296) a partir de la copresencia de héroes militares (Prat, Cochrane) y mapuches (Lautaro) en un mismo monumento chileno, centrándose en “la construcción que el ejército hace sobre el aporte indígena en la constitución del ‘ser nacional’ en textos y ‘discursos oficiales’” entre 1990 y 2001 y preguntándose “cómo es posible la coexistencia de dos grupos que están en bandos opuestos, en un relato histórico que los construye a ambos como antecesores” (p. 291). Su recorrido a lo largo de un corpus de textos en los que dicha coherencia se construye sobre la base de una “raza chilena” permite explicar la auto-imagen del ejército pinochetista como “síntesis de la Nación” y defensor del “ser nacional” (p. 286). En su estudio sobre “discursos indianistas en México”, tendiente a esbozar la “nueva representación

del Estado nacional” entre 1974 y 2000, Claudia Zapata Silva (pp. 297-327) subraya la urgencia planteada en los discursos indianistas de “refundar la nación” (p. 313), donde “la nación aparece como un espacio donde confluye la heterogeneidad cultural, que no busca la eliminación de otras identidades, sino que actúe a partir de ellas, como una forma tal vez de resolver el autoritarismo intrínseco de los proyectos nacionales latinoamericanos” (p. 316). El desmontaje del modelo tradicional de nación a través del trabajo de la memoria es también central en el último artículo del libro (pp. 329-347), en el que Natalia Cisneros analiza la novela de la escritora venezolana Ana Teresa Torres, *Doña Inés contra el olvido*, en la que se narra la nación “desde sus silencios” (p. 329). Cisneros muestra, cómo la novela “desmantela el mito del territorio nacional unificado” (p. 335), de la hegemonía escritural y de la identidad nacional sustentada en la racionalidad ciudadana para dar paso y lugar a una pluralidad de “espacios, habitados por los más disímiles individuos”, a sus voces y sus identidades subalternas y excluidas del modelo tradicional de la nación.

Lo que importa destacar en el marco del tema de esta reseña es el hecho de que, como en el caso del grupo uruguayo dirigido por Achúgar, también este grupo de investigación se propone revisar los imaginarios nacionales de algunos países de América Latina realizando así un trabajo de memoria con el fin de criticar, ampliar y diversificar como “campo conceptual en disputa” (p. 298) el vapuleado concepto de nación, que también este grupo considera no sólo rescatable a pesar y más allá de los planteos postnacionales y postcoloniales, sino indispensable como paradigma de identificación y base de operaciones simbólicas de las periferias realmente existentes.

Las memorias de la nación son igualmente centrales en un conjunto de estudios que giran en torno a la nueva novela histórica. Es la misma Ana Teresa Torres quien abre el volumen titulado “Novelar contra el olvido”, de la revista *Estudios* publicada por la Universidad Simón Bolívar, con un artículo titulado “La memoria móvil: entre el odio y la nostalgia” (pp. 13-20). La novelista venezolana, al revisar su propia producción, sostiene que la novela histórica tiene el sentido de “suscitar ficcionalmente discursos alternos que se desprenden de los vacíos de la memoria colectiva” (p. 15). Después del amplio panorama presentado por Biruté Ciplijauskaitė (pp. 39-55) sobre la relación entre el concepto de la historia y la novela europea, y en especial española, a lo largo del siglo xx, Karl Kohut (pp. 57-88) propone una revisión de las relaciones entre historiografía y literatura desde la perspectiva de la crítica literaria, para comprender mejor la nueva novela histórica, y concluye subrayando el interesante paralelismo entre el descubrimiento de la dimensión literaria de su disciplina por parte de los historiadores, y el redescubrimiento de la historia por parte de los novelistas, dramaturgos y poetas (p. 82). Kohut supone que tanto la nueva novela histórica como la actual historiografía son expresión de una concepción de la historia que todavía está por estudiarse. También Víctor Bravo (pp. 89-102) ve una relación entre discurso histórico y novela histórica actuales, que opone a sus homónimos clásicos, destacando “el dispositivo entre serie histórica y serie ficcional” (p. 101). Los artículos que siguen parten en general de una contraposición entre el discurso de “la Historia” –la historia oficial, la historiografía– y las historias menores que ese discurso ha excluido y que la nueva novela histórica intenta recuperar o recrear a través de la ficción. Así, Luis Britto García revisa en su aporte sobre “historia oficial y nueva novela histórica” (pp. 21-35) los tópicos historiográficos tratados por la historia oficial y la novela histórica tradicional desde el descubrimiento hasta el populismo del siglo xx,

contraponiéndolos esquemáticamente a su tratamiento subversivo de aquellos discursos en la nueva novela histórica. Luz Marina Rivas (pp. 103-124) indaga en un conjunto de novelas de autoras del Caribe las “historias silenciadas, subalternas”, lo que denomina la “intrahistoria”, y la “construcción de nuevas identidades iluminadas por pasados históricos redescubiertos en la ficción” (p. 122). Roberto Ferro (pp. 127-145) rastrea en los procedimientos de escritura en *Maluco. La novela de los descubridores*, de Napoleón Baccino, “la construcción de verdades *otras*, que cuestionan la escritura de la historia” (p. 127) a partir de la parodia y la ironía. En su análisis de *Bernabé, Bernabé!* (1988), la novela del uruguayo Tomás de Mattos, que tematiza la fundación de la nación y el exterminio de los indios charrúas, Cristina Míguez (pp. 147-166) recurre también al concepto de “intrahistoria” para referirse a la novela histórica que presenta una “mirada del pasado nacional desde la cotidianeidad anónima y doméstica de los seres comunes y corrientes” (p. 150). Holanda Castro (pp. 168-178) lee *Cielos de la tierra* (1997), de Carmen Boullosa, también desde la perspectiva de la “intrahistoria”; Lilian Bendayán Ponte (pp. 179-192) se ocupa de *Santa Evita* (1995), de Tomás Eloy Martínez ateniéndose en su lectura a la relación entre los cambios estéticos y los cambios historiográficos que inciden en la escritura de esta novela, a la que define como “metaficción historiográfica postmoderna” (p. 184), y Carmen Perilli (pp. 193-204) revisa la escritura de la historia en la narrativa de Carlos Fuentes. Cierra el volumen un artículo de Carlos Pacheco, quien formula “perspectivas y problemas para una agenda crítica” en el estudio de la historia en la ficción hispanoamericana contemporánea (pp. 205-224): frente a la novela histórica del siglo XIX y comienzos del XX, la nueva novela histórica desconfía de la historiografía, y ya no concibe “lo histórico” como un “ámbito limitado a la esfera pública de la vida política nacional” enfocado “principalmente hacia el establecimiento y consolidación de la nación” (p. 209), sino que deconstruye, justamente, las certezas de las historias nacionales; introduce además perspectivas no totalizadoras, miradas alternativas, perspectivas subalternas, con la intención de resemantizar la memoria colectiva. Pacheco observa un cambio en las novelas más recientes, que dejan de proponer una visión totalizadora alternativa, para concentrarse en lo íntimo, local, marginal, fragmentario (“abordaje intrahistórico”), impulso violador de la norma que altera voluntariamente los datos establecidos por la tradición histórica, intención desrealizadora, humor, ironía; limitación de la perspectiva, representación metaficcional de los procesos de investigación y escritura de la historia.

Mientras que Pacheco incluye en la narrativa de *reinvenición* del pasado a los autores del *boom*, Sebastian Thies marca una divisoria entre el *boom* y la novela histórica post *boom* y post realismo mágico. En su monografía sobre alteridad y memoria en la narrativa histórica contemporánea en México, el estudioso alemán analiza la concepción de la historia dominante en la actual cultura mexicana a partir de la lectura de cuatro novelas –*Memorias del Nuevo Mundo* de Homero Aridjis (1988), *Noticias del Imperio* de Fernando del Paso (1987), *El desfile del amor* de Sergio Pitol (1984) y *Llanto. Novelas imposibles* de Carmen Boullosa (1992)– sobre la base del análisis de las figuras conceptuales de la alteridad y la memoria (p. 29) en cada uno de esos cuatro textos. Su punto de partida es la constatación de que a mediados de los años ochenta del siglo XX se produce en México una serie de transformaciones políticas que repercuten en el sistema discursivo cultural provocando cambios en el modo de elaborar la historia nacional mexicana. Si hasta entonces ese sistema discursivo de la cultura nacional mexicana se había desarro-

llado bajo el signo de una concepción de la historia estabilizadora para el funcionamiento del PRI y en el marco de las estructuras discursivas del mito sobre las que habían estado basados tanto el debate latinoamericano sobre la identidad como también la poética del realismo mágico, a mediados de los años ochenta se produce una pluralización política y conjuntamente una apertura de los discursos que elaboran el material de la historia nacional mexicana. Esa apertura conduce a que la figura conceptual del mito, articulado en un discurso monológico, sea desplazada por la figura polifónica de la memoria como marco de referencia para la elaboración del material histórico nacional. En la medida en que pone en escena la presencia social e histórica del otro, que había sido reprimida y/o apropiada por los discursos identitarios del mestizaje y el mito, dominantes hasta entonces, este cambio aparece como un desafío ético. Thies analiza la relación que se da, en cada uno de los cuatro textos, entre el discurso que problematiza la alteridad y la poetología de la memoria, y distingue, como consecuencia del análisis, ciertas constantes: una puesta en escena de la imposibilidad de apropiarse de la memoria y la voz del otro y la ruptura con estructuras mítico-monológicas mediante una polifonía que deconstruye las autoridades narrativas internas; una tendencia a oponer una pluralidad de historias a la única Historia verdadera; una psicologización afectiva de la experiencia histórica, una compensación, a través de la poética de la memoria, de aquellas zonas excluidas o reprimidas por una historiografía logocéntrica. Thies opera con una contraposición entre historiografía y poética de la memoria, entre Historia en singular y memorias plurales que remite básicamente a Halbwachs, y que le permite organizar un modelo interpretativo coherente. Sin duda sería interesante, a partir del trabajo de Thies, observar cómo redundaba ese cambio de paradigmas que se inicia a partir de mediados de los ochenta, en el discurso historiográfico mismo, y si no hay también allí una apertura y un cambio frente a los modelos de procesamiento del material histórico por la historiografía previa, pero ese sería objeto de otro trabajo. Finalmente, Thies observa que el interés por la cuestión de la memoria en México no es producto de una recepción del debate europeo y estadounidense, sino que, por el contrario, la elaboración literaria de la cultura de la memoria en México pone también críticamente el acento en la herencia cultural europea, pero sin elaborar una nueva versión de las tradicionales dicotomías. En esa crítica de las prácticas hegemónicas europeas y en el concomitante pluralismo de la cultura de la memoria, ve Thies el potencial crítico de la poetología de la memoria en la literatura mexicana actual.

Memorias de la represión

Las memorias de la nación pueden incorporar, y de hecho lo hacen, memorias de la represión, en la medida en que estas últimas pasan indefectiblemente a ser parte del perfil identitario nacional, aunque también integren, evidentemente, otros paradigmas. Mientras que la elaboración crítica de las memorias de la nación se registra con sus diversas variantes y centros de interés, desde México hasta Argentina, el trabajo vinculado con la memoria de la represión tiene su centro en el Cono Sur. Allí, es la irrupción del terrorismo de Estado la que “empuja hacia una pregunta por los orígenes y se refiere a una historia larga, que casi coincide con la de la Nación” (p. 114), como observa Hugo Vezzetti en *Pasado y Presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, un ensayo que sentaría las bases de un nuevo modo de interrogar, en Argentina, las relaciones entre

dictadura y sociedad. Porque este “estudio de la *memoria social*” parte de la idea de que la dictadura expuso rasgos de autoritarismo e intolerancia presentes en la sociedad (p. 12), y que es necesario estudiar la trama de condiciones que sostenían la acción dictatorial (p. 13). Vezzetti subraya que en Argentina hubo un “humor conformista” (p. 27, p. 174) de la sociedad respecto de la dictadura, vinculado, entre otras cosas, con la larga demolición de las formas de la democracia institucional (p. 42) antes del golpe de Estado. El juicio a las juntas y el *Nunca más* se convirtieron sin duda en un “polo de referencia para los trabajos de la memoria” (p. 28), destacando el lugar de las víctimas y estableciendo un nexo entre memoria, justicia y democracia. Sin embargo, Vezzetti observa que ese juicio otorgó a la sociedad una posición de “espectadora horrorizada de acontecimientos que parecían ocurridos en otro lugar” (p. 37), ofreciéndole “una imagen de tranquilizadora inocencia” (p. 110), y haciendo olvidar que el régimen dictatorial fue en realidad de carácter cívico-militar y que contó con amplio apoyo de diversos sectores sociales, no sólo, por ejemplo, de empresarios y ejecutivos (p. 82) y de parte importante de la Iglesia católica argentina (pp. 89 ss.), sino de sectores de la sociedad que aceptaron con alivio las consignas de orden y autoridad contra el terrorismo desplegado por las cúpulas guerrilleras (pp. 95 ss.), y recuerda el amplio apoyo social a la guerra de Malvinas. Citando a Hannah Arendt, Vezzetti observa que “bajo condiciones de terror la mayoría de las personas consiente y colabora, pero *algunos no lo hacen*”, y que las masacres organizadas “pueden suceder en muchos lugares pero *no en cualquier lugar*” (p. 150), y subraya que “una sociedad debería hacerse responsable no sólo por lo que activamente promovió y apoyó, sino incluso por aquello que fue incapaz de evitar” (p. 41). En ese sentido, a la pregunta de cómo es posible que la “maquinaria de tortura y exterminio” de la dictadura coexistiera “sin mayores dificultades con un funcionamiento más o menos habitual de las instituciones de la sociedad” (pp. 166 s.), responde refiriéndose al “beneficio corporativo” (p. 169) en el caso de las empresas periodísticas y de la Iglesia, pero también de los “argentinos corrientes” que disfrutaban de la “plata dulce” que llegaba por el endeudamiento externo (p. 173); además “nunca se sabrá qué proporción de detenidos lo fueron por denuncias o indicios acercados por los vecinos, pero sin duda fueron muchos” (p. 180). En el último capítulo del libro, Vezzetti pasa revista a un conjunto de obras producidas en los años noventa sobre las memorias de la militancia, que intentan en parte establecer “líneas de *transmisión* a las nuevas generaciones” (p. 194), para concluir que “el trabajo de apropiación pública del pasado [...] permanece como un problema abierto” (p. 228).

A ese trabajo en referencia al cual Vezzetti concluye su ensayo, se dedica una serie de estudios sobre las memorias de la represión en América Latina elaborados en el marco de un programa desarrollado por el Panel Regional de América Latina del Social Science Research Council, dirigido por Elizabeth Jelin y Carlos Iván Degregori. *Los trabajos de la memoria* se titula el primer volumen, de Jelin, cuyo primer capítulo (“La memoria en el mundo contemporáneo”, pp. 9-16) plantea el contexto actual de la preocupación por la memoria, entre quienes la interpretan como “compensación a la aceleración de la vida contemporánea” al modo de Huyssen, o quienes se lamentan, como Todorov, de los “pasados que no pasan” (p. 10) debido a los abusos de la memoria. Pone el acento en los acontecimientos traumáticos de carácter político (p. 10 s.) y define los “trabajos de la memoria” como una alternativa positiva frente a las repeticiones y a los olvidos, más allá del contexto terapéutico en donde dicha elaboración ocupa un lugar importante desde

Freud. En el capítulo 2 (“¿De qué hablamos cuando hablamos de memorias?”, pp. 17-37), Jelin explora el concepto desde diversos ángulos en los debates actuales: la relación entre memoria e identidad, discurso y experiencia, dimensión social y personal en la construcción social narrativa de la memoria. El acento está puesto aquí en la mediación a través del lenguaje, en la pregunta por la autoridad discursiva de quien narra, y en los “mecanismos de transmisión y apropiación simbólica” (p. 36) a través de los que la experiencia personal “construye comunidad en el acto narrativo compartido” (p. 37). El capítulo 3, titulado “Las luchas políticas por la memoria” (pp. 39-62), se centra en los diversos actores que intervienen en el trabajo de “construcción y formalización de las memorias” (p. 39) y que luchan por “afirmar la legitimidad de ‘su’ verdad” (p. 40). Entre ellos, Jelin destaca a los agentes que elaboran las memorias nacionales y las historias oficiales, como sucedió en América Latina durante los procesos de formación del Estado durante el siglo XIX, y también durante las dictaduras militares en el Cono Sur en el último tercio del siglo XX. Frente a esas memorias oficiales, altamente selectivas, se perfilan las memorias alternativas de los grupos silenciados y reprimidos que en coyunturas de apertura reclaman “el reconocimiento y la legitimidad de su palabra y de sus demandas” (p. 42). Pero Jelin subraya que no se trata de estructuras binarias, sino de enfrentamientos entre múltiples actores sociales y políticos que en sí mismos tampoco expresan posturas unitarias. Introduce también en este capítulo el concepto de “emprendedores de la memoria”, entre los que menciona a las organizaciones de derechos humanos, grupos políticos, pero sobre todo las víctimas y afectados directos y sus familiares (p. 50). Retomando la distinción de Todorov entre memoria literal y memoria ejemplar, Jelin plantea críticamente el difícil problema del “reclamo monopólico de sentido y del contenido de la memoria y de la verdad” por parte de quienes “vivieron” el acontecimiento (p. 62). En el capítulo 4, “Historia y memoria social” (pp. 63-78), Jelin propone pensar las relaciones entre historia y memoria no como oposición, sino como complementariedad: la memoria puede contribuir a “obtener y construir ‘datos’ sobre el pasado” para la investigación historiográfica; esta a su vez puede “‘corregir’ memorias equivocadas”, y finalmente, la memoria puede devenir “objeto de estudio” de la historiografía (p. 63). Así, aparece aquí una alternativa interesante a los planteos que oponen historia y memoria, por lo menos desde Nora en adelante, y que también están en la base de los estudios sobre las memorias nacionales presentados más arriba. El capítulo 5 gira en torno a los conceptos de “trauma, testimonio y ‘verdad’” (pp. 79-98), haciendo hincapié en la relación entre experiencia y ‘verdad histórica’, entre lo ocurrido y lo narrado, a la escucha y al carácter dialógico del testimonio y llamando la atención sobre los riesgos de la espectacularización del horror a través de los medios masivos. En el capítulo 6 (“El género del testimonio”, pp. 99-115), Jelin estudia las “especificidades de género” de las dictaduras del Cono Sur, matizando al mismo tiempo la “visión estereotipada según la cual las mujeres sufren y los militares dominan” (p. 100), pero subrayando que “la represión fue ejecutada por una institución masculina y patriarcal” (p. 106) y que las mujeres “han aparecido en la escena pública como portadoras de la memoria social de las violaciones de los derechos humanos” (p. 115). El capítulo 7, dedicado a “transmisiones, herencias y aprendizajes” (pp. 117-133), se centra en la transmisión de recuerdos entre quienes vivieron una experiencia y quienes no la vivieron, o bien porque no estaban allí, o porque no habían nacido todavía, y subraya los inevitables procesos de relectura y resignificación vinculados a esas transmisiones y legados. Redactado en un estilo claro y presentado de

un modo sistemático, el libro de Jelin sintetiza los aspectos más importantes de las actuales discusiones sobre el tema de la memoria, no sólo en el caso de las memorias de la represión¹. Particularmente interesantes resultan sus reflexiones sobre las relaciones entre memoria e historia, en la medida en que proponen una alternativa a los modelos dicotómicos vigentes.

Han aparecido hasta ahora (septiembre de 2005), en la Colección Memorias de la Represión, nueve volúmenes publicados en el marco del programa desarrollado por el Panel Regional de América Latina del Social Science Research Council bajo la dirección de Jelin y Degregori. Los temas abarcan las conmemoraciones, los archivos de la represión, las luchas locales por las memorias, la relación entre educación y memoria, entre Iglesia y memoria en el caso de Chile, etc.

El volumen 5 de la colección, *Monumentos, memoriales y marcas territoriales* (2003), coordinado por Elizabeth Jelin y Victoria Langland, se centra en los “procesos políticos ligados a marcar los espacios donde ocurrió la violencia estatal en las dictaduras”, y en los intentos de construcción de memoriales en homenaje a las víctimas, y toma en cuenta el debate entre lo representacional y lo performativo y las luchas por el poder estético que tienen lugar en el marco de dichos procesos e intentos. Del monumento a Salvador Allende, inaugurado en junio de 2000 en la plaza de la Constitución de Santiago y los cuatro años de debates políticos vinculados a ese proyecto de la élite política chilena, se ocupa Katherine Hite (pp. 19-55), quien también analiza la estética del monumento y aspectos de la manipulación simbólica y política en la ceremonia de inauguración. Victoria Langland (pp. 57-95) estudia la historia del edificio que fue sede de la União Nacional dos Estudiantes (UNE) en Praia de Flamengo 132, Río de Janeiro, desde 1942 hasta el primero de abril de 1964, día del golpe militar contra João Goulart, en que fue incendiada. Se centra en la historia de ese edificio durante los años del régimen militar, entre 1964 y 1980, año en que contra las acciones y protestas de los estudiantes, el edificio, cuyo peso simbólico había ido creciendo con los años, fue reducido a escombros por el gobierno militar. Como observa Langland, la UNE no perdió por eso la batalla, ya que “la lucha por preservar este lugar de la memoria sirvió para unificar el propio movimiento estudiantil” (p. 90). En 1994 la UNE recuperó el derecho al predio vacío, aunque todavía no ha podido levantar un nuevo edificio en el lugar. De los avatares del proyecto del Parque de la Memoria en Buenos Aires se ocupa Patricia Tappatá de Valdez (pp. 97-111), mientras que Valdenia Brito (pp. 113-125) estudia el monumento “Tortura nunca mais”, en Recife, en honor de los torturados por la dictadura militar brasileña de 1964-1985. Michael J. Lazzara propone “Tres recorridos de Villa Grimaldi” (pp. 127-147), el centro de torturas de la DINA, que funcionó en Santiago de Chile entre 1974 y 1978: uno de ellos da cuenta de las estéticas de “embellecimiento y alisamiento del horror” (p. 134) que se eligieron para el diseño de lo que hoy es el Parque por la Paz, en el predio de Villa Grimaldi; el segundo recorrido está basado en el relato detallado y la *performance* de la memoria por parte de Pedro Alejandro Matta, un ex detenido que efectúa visitas guiadas por el Parque de la Paz; y el tercero se centra en la novela de Germán Marín, *El palacio de la risa* (1995), en la que un exiliado regresa a Chile y ante las

¹ Para las investigaciones de Jelin véase también la reseña de su libro *State Repression and the Struggles for Memory* (2003) en la página 11.

ruinas del centro de detención de Villa Grimaldi, se enfrenta a la dificultad de “restituirle al lenguaje una historia fracturada durante la cual él había estado ausente” (p. 142). Frente a la versión detallada y cerrada de Matta, “la novela de Marín plantea la memoria como un terreno de conflictos e incertidumbres constantes” (p. 146). Laura Cecilia Mombello (pp. 149-163) se ocupa de “la memoria peregrina” que se articula en las marchas que se organizan regularmente en la ciudad de Neuquén, Argentina. El penúltimo artículo, del italiano Alessandro Portelli (“Memoria e identidad. Una reflexión desde la Italia postfascista”, pp. 165-190), pregunta, a partir de la masacre nazi de las fosas Ardeatinas en 1943, por el modo en que Italia se imagina a sí misma como nación y por las narraciones que acompañan ese proceso, a partir de la constitución de las fosas Ardeatinas como sitio de la memoria nacional italiana. Finalmente, Hugo Achúgar (“El lugar de la memoria. A propósito de monumentos [Motivos y paréntesis]”, pp. 191-214) parte de una concepción del monumento como “objetivación de la memoria” (p. 192) y marca de autoridad, y se pregunta si es posible el monumento democrático y si es deseable el monumento consensuado (p. 193). A continuación desarrolla el concepto de la memoria como lugar desde donde se habla, como lugar de enunciación y por lo tanto como un lugar nunca definitivo, siempre amenazado de transitoriedad, a pesar, o quizás también debido a los monumentos, lugares “donde distintas memorias compiten por obtener la hegemonía” (p. 214).

El último volumen publicado en la colección, y coordinado por Elizabeth Jelin y Ana Longoni, se titula *Escrituras, imágenes y escenarios ante la represión* (2005) y está dedicado al tratamiento de las memorias de la represión en distintas manifestaciones artísticas en diversos contextos nacionales y distintos medios de expresión. La primera parte del libro, titulada algo placativamente “Representar el horror”, reúne trabajos sobre la elaboración artística de la censura, la persecución, la desaparición, la tortura. Ticio Escobar (“Memoria insumisa. Notas sobre ciertas posibilidades críticas del arte paraguayo”, pp. 3-25), analiza cinco obras del artista plástico Osvaldo Salerno, quien opone a las “retóricas blandas de la transición” paraguaya y sus políticas de desmemoria una obra crítica que pone en escena “un espacio vacante para la acción simbólica”, habilitando “nuevos protocolos para glosas, erratas y reinscripciones” de la memoria en donde actúen los recuerdos individuales y colectivos devaluados por la transición (p. 23 s.). Olga Larnaudie (pp. 27-38) se ocupa de las artes plásticas uruguayas durante la dictadura, y Leticia Isnard Graell Reis recorre las “herencias de la dictadura en el teatro brasileño contemporáneo” (pp. 39-68) desde antes del golpe militar de 1964 hasta los años noventa y la actualidad, en que la temática de la dictadura militar parece haber desaparecido de una escena dominada por la “dictadura económica”, que privilegia los intereses de mercado y la industria televisiva brasileña y reprime velada e indirectamente los trabajos de la memoria en el campo del teatro. En “Siluetas” (pp. 69-77) Elizabeth Jelin y Ana Longoni reúnen un conjunto de fotografías tomadas con motivo de una intervención urbana que tuvo lugar el 21 y 22 de septiembre de 1983 en Buenos Aires, en las que “[m]iles de manifestantes se abocan a la producción de siluetas de tamaño natural, como forma de representar ‘la presencia de una ausencia’” (p. 69). También el aporte de Víctor Vich (“Lava la bandera”, pp. 79-85) consiste en una serie de tomas fotográficas de la *performance* realizada todos los viernes del año 2000 entre las doce y las tres de la tarde en la Plaza Mayor de Lima, donde la gente lavaba la bandera “para poner en escena toda la corrupción” (p. 79) del régimen de Fujimori, acción que se extendió luego a otras

ciudades y pueblos de Perú y también a la comunidad peruana en el extranjero. Vich observa que el uso de la bandera evidencia que “el Estado-nacional sigue siendo un marco fundamental en la definición de las identidades sociales” (p. 82), coincidiendo aquí con los planteos de los autores y editores de *Derechos de memoria y Nación, Estado y cultura en América Latina*, reseñados más arriba. Victoria Langland (pp. 87-91) remite a la “paradoja en cuanto a la relación entre fotografía y memoria en el Cono Sur” (p. 87), porque si bien por un lado no hay fotografías de la tortura, de las desapariciones, de los vuelos de la muerte, por el otro, “la fotografía se ha convertido en símbolo por excelencia de la pérdida”, llegando a ser “parte de un lenguaje simbólico universal” (p. 88). En el último artículo de esta primera parte, Samantha Viz Quadrat (pp. 93-117) analiza, centrándose en Brasilia, el “brock”, o rock brasileño, en su relación con la memoria en el período de transición, en la década de los ochenta.

La segunda parte del libro, que explora “la tensión entre verdad, ficción y testimonio en la literatura y en el cine” (p. XX), se inicia con un trabajo de Nelly Richard (pp. 121-129) sobre *La memoria obstinada*, la película de Patricio Guzmán, y otro de Patrick Dove con “Narrativas de justicia y duelo: Testimonio y literatura del terrorismo de estado en el Cono Sur” (pp. 131-165), donde estudia dos narrativas testimoniales (*Mi habitación, mi celda*, de las uruguayas Lilian Celiberti y Lucy Garrido y el conjunto de entrevistas compiladas por la argentina Marta Diana bajo el título de *Mujeres guerrilleras*) y dos novelas (*Respiración artificial*, de Ricardo Piglia, y *Por la patria*, de Diamela Eltit). Relativizando la distinción entre reclamo de justicia y trabajo de duelo, entre testimonio y literatura ficcional, Dove llega a la conclusión de que la diferencia entre ambos géneros “no depende de una distinción definitiva entre ‘la realidad’ y ‘la ficción’ sino de una operación discursiva” (p. 162). En un trabajo sobre la novela de Daniel Moyano, *Libro de avíos y borrascas* y la película de Pino Solanas *El exilio de Gardel*, Silvina Jensen (pp. 167-202) analiza el modo en que “la ficción literaria/cinematográfica contribuyó a organizar memorias sobre el exilio” (p. 169) y cómo estas operan en el imaginario colectivo de los nuevos emigrantes económicos de la Argentina del siglo XXI. Ana Longoni (pp. 203-240) se ocupa de “la figura del traidor (y la traidora) en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión” a partir de la pregunta por el modo en que “ha contribuido la literatura al debate colectivo sobre las prácticas de militancia revolucionaria de los setenta y al procesamiento del trauma social causado por la última dictadura argentina” (p. 203). Focaliza su análisis en tres novelas: *Recuerdos de la muerte* de Miguel Bonasso, *Los compañeros* de Rolo Díez, y *El fin de la historia* de Liliana Hecker, que “sostienen un *estatuto ambiguo*, instalado a medio camino entre la ficción y el testimonio” (p. 206). En “El lugar de la memoria” (pp. 241-259), el artículo final, Saúl Sosnowski reflexiona sobre la memoria en relación al futuro, como “una herramienta de construcción” y como “capitalización de lo obtenido a través de la conciencia del pasado” (p. 248). Como casi todos los volúmenes de la colección, también éste responde con creces a las expectativas que crea, y constituye un aporte fundamental, en este caso, al estudio de los diferentes modos en que los artefactos culturales y las prácticas artísticas intervienen en las pugnas en torno a la memoria de la represión.

En *Representing the Unrepresentable. Literature of Trauma under Pinochet in Chile* Yvonne S. Unnold analiza seis textos que agrupa bajo la fórmula de *literature of trauma*: las novelas autobiográficas *Tejas verdes*, de Hernán Valdés (1974) e *Isla 10*, de Sergio Bitar (1987); tres “entrevistas monológicas”: *The Murder of Chile*, de Samuel Chavkin

(1982), *We, Chile*, de Emma Sepúlveda (1996), y *Miedo en Chile*, de Patricia Politzer (1990); así como la “novela histórica” de Isabel Allende, *La casa de los espíritus* (1982). Los seis textos son calificados por Unnold como “formas de *testimonio*” (p. 7), que ella propone leer desde la perspectiva del “análisis comparativo del discurso” (p. 8), tomando en cuenta “las interrelaciones entre el contexto sociopolítico histórico y los correspondientes fenómenos literarios” (p. 9). Después de discutir la distinción entre *fiction* y *fact* como base de la escritura del testimonio y la literatura chilena del trauma, se centra en el género del testimonio, tal como se ha discutido en la crítica, sobre todo norteamericana (Beverly, Yúdice, etc.). Luego compara los “testimonios autobiográficos” de Valdés y Bitar, que difieren del género testimonial por la ausencia de un narrador intermediario, con la “literatura del Holocausto”, analiza las “entrevistas monológicas” redactadas por Chavkin, Sepúlveda y Politzer y caracterizadas por la intervención editorial que recompone la versión original eliminando las marcas típicas de oralidad, y se ocupa de la novela de Allende oponiendo por un lado los paradigmas del testimonio y de la novela histórica y encontrando, por el otro, aspectos del testimonio en *La casa de los espíritus*, en la medida en que la novela de Allende articula posiciones de oposición a la historia oficial. En sus conclusiones, Unnold aboga por una apertura de la definición de testimonio, una apertura que evidentemente ella practica de un modo, a mi gusto, demasiado amplio, de manera que, en definitiva, toda representación alternativa a la historia oficial de regímenes dictatoriales es o puede ser testimonio. Unnold considera que el testimonio desafía la separación tradicional entre la representación literaria y su referente, y en definitiva entre ficción y experiencia, constituyendo un resultado de la necesidad de incorporar la literatura a las luchas sociopolíticas actuales (p. 184).

Diametralmente opuesto es el punto de partida de Beatriz Sarlo en su último libro, *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo*, donde propone una lectura del testimonio (término que emplea en un sentido mucho más estricto que Unnold) como manifestación del “giro subjetivo” de las últimas décadas, donde “lo personal” se ha convertido en lugar de manifestación pública (p. 25). Sarlo organiza su aproximación teórica en tres pasos. Primero retoma las reflexiones de Benjamin sobre la disolución de la experiencia y el relato y de Le Goff sobre el carácter intransferible de la experiencia entre las generaciones. Luego recapitula las etapas de “la muerte del sujeto” en el estructuralismo y sus secuelas (pp. 37 ss.): la crítica deconstruccionista de la autobiografía y de la equivalencia entre el yo del relato, el autor y la experiencia vivida por parte de De Man (1979); y la crítica de la subjetividad y de la representación de Derrida en *Otobiographies* (1984). Y finalmente enfoca el tema de la precariedad del testimonio con relación a las reflexiones de Primo Levi sobre la experiencia concentracionaria y a los comentarios de Agamben: “la primera persona [...] cuando surge en el testimonio, siempre está en reemplazo de otra [...] porque no ha muerto en lugar del que ha muerto” (p. 44). Sarlo concluye que es necesario ejercer “la crítica del sujeto y su verdad” y la “de la verdad de la voz y de su conexión con una verdad de la experiencia” (p. 48). Una nueva vuelta de tuerca la lleva a subrayar la falta de equivalencia “entre el derecho a recordar y la afirmación de una verdad del recuerdo” (p. 57). Establece sin embargo una distinción importante entre los testimonios de las víctimas de los crímenes de las dictaduras, que, al narrar vejaciones extremas, dice Sarlo citando a Arendt, establecen “una escena para el duelo, fundando así comunidad allí donde fue destruida” (p. 67), y otras narrativas testimoniales en boga en Argentina, como las de la militancia de fines de los sesenta y

comienzo de los setenta, que tienden a cerrar y unificar el sentido del pasado mediante la acumulación de detalles y el uso de la primera persona en una retórica realista-romántica (p. 68). Sarlo distingue entre un uso legítimo de la primera persona en el testimonio para hablar de una experiencia límite de sufrimiento, y otros usos cuya intención es abrogarse una autoridad imperativa y legitimar la versión de la propia experiencia más acá de todo análisis. Citando a Susan Sontag cuando afirma que “es más importante entender que recordar, aunque para entender sea preciso, también, recordar” (p. 26), Sarlo distingue entre una reconstrucción del pasado en base a la memoria y los testimonios, y otra en base a la historia, que trabaja con fuentes documentales e instrumentos de análisis, e invierte así (en un movimiento típico de Sarlo, que no por primera vez ejerce la lectura a contrapelo de los lugares comunes de la época) la valoración corriente hoy de la oposición entre la Historia y las historias/memorias, tal como aparece en la mayor parte de los trabajos reseñados aquí. Para que las reflexiones no queden en abstracto, analiza dos textos “que buscan un conocimiento antes que un testimonio” (p. 96), en los que “la [propia] experiencia no se rememora, sino que se analiza” (p. 110): “La bamba”, sobre la psicología del rumor en las cárceles de la dictadura, escrito por Emilio de Ipola en 1978, al salir él mismo de esas cárceles donde estuvo preso durante más de dos años; y el libro de Pilar Calveiro, prisionera a desaparecida durante un año y medio en 1977: *Poder y desaparición; los campos de concentración en la Argentina* (1998). Hace luego una lectura crítica del concepto de “posmemoria” empleado por Marianne Hirsch y Robert Young para referirse a la reconstrucción de la experiencia de los padres por parte de los hijos, y revisa una serie de testimonios de hijos de desaparecidos argumentando que no es el carácter “post” el que distingue estos testimonios, sino “el interés personal vivido en términos subjetivos” (p. 131). El libro se cierra con referencias a la narrativa de Saer, de Kohan, de Chejfec –autores predilectos de Sarlo– y por supuesto de Sebald, donde, a diferencia del testimonio, “un narrador piensa *desde afuera* de la experiencia, como si los humanos pudieran apoderarse de la pesadilla y no sólo padecerla” (p. 166). El ensayo de Sarlo, de una implacable lucidez conceptual, es incómodo y provocador porque da la vuelta a una serie de lugares comunes de la discusión sobre memoria y represión, y porque, al mirar críticamente las teorías en boga, abre nuevos modos de interpelar no sólo el testimonio, sino también la historiografía y la narrativa.

“¿Cómo contar la historia política sin caer en la crónica puntual?” Esta cuestión, que según Sarlo el testimonio no resuelve de modo satisfactorio, es la que guía la escritura de Luis Gusmán después de la dictadura, por ejemplo en su novela *Villa*, de la que se ocupa Jorge Panesi (“*Villa*, el médico de la memoria”, pp. 13-25) en *Archivos de la memoria*, un volumen colectivo compilado por Ana María Barrenechea. La lectura de la novela de Gusmán, cuyo protagonista, Villa, es un médico que asiste en las sesiones de tortura, se cierra con la convicción de Panesi (que no difiere mucho de la de Sarlo) de que la literatura constituye, frente a las adulteraciones y manipulaciones de la memoria, “el otro archivo” (p. 24), que contiene “sedimentos” de una determinada franja histórica, materiales trabajados por la distancia que les impone la ficción, y que por eso mismo echan luz sobre ese tiempo pasado al que la literatura vuelve de otro modo que la crónica o el testimonio. También Ricardo Piglia incorpora material testimonial en sus novelas, como propone Alejandra Alí (pp. 27-42), que rastrea las modalidades a través de las cuales Piglia “anuda historia individual con la Historia obliterada” (p. 34), objetivando la memoria mediante el uso de la tercera persona y volviendo impersonal el recuerdo por la

preponderancia de la memoria colectiva, sobre todo en *La ciudad ausente*. El resto de los artículos reunidos en este volumen apunta a otros “archivos”. Algunos están vinculados con las memorias nacionales, como el de Paola Cortés Rocca (pp. 61-71) sobre un álbum de fotografías publicado en 1876: *Vistas y Costumbres de la República Argentina*; o el de Raúl Illescas (pp. 73-82) sobre el *Vocabulario Argentino* de Diego Díaz Salazar (1911), pensado sobre todo para el uso de los inmigrantes; otros se ocupan de “archivos” tan disímiles como el “monumento” que es la *Historia verdadera...* de Bernal Díaz (Valeria Añón), la traducción como memoria genealógica exiliar en el poemario *dibaxu* de y por Juan Gelman, que escribe en sefardí y ofrece una versión bilingüe de sus poemas (Lucila Pagliai), las diversas versiones de un mismo relato oral (María Inés Palleiro), los nexos entre memoria, olvido y sueño en Borges (Ana María Barrenechea), o incluso la relación entre memoria y educación en *Gargantua* (Susana Artal). Si bien la compiladora trata de legitimar la diversidad de temas y aproximaciones remitiendo a “archivos” –en plural– “de la memoria”, y los artículos son el resultado de la tarea de grupos de investigación dirigidos por Ana María Barrenechea durante varios años, el sentido mismo de la compilación resulta por lo menos discutible, lo que no está dicho en desmedro de la calidad de los artículos compilados.

Bibliografía

- Achúgar, Hugo (coord.): *Derechos de memoria. Actas, actos, voces, héroes y fechas: nación e independencia en América Latina*. Montevideo: Universidad de la República 2003. 422 páginas.
- Barrenechea, Ana María (comp.): *Archivos de la memoria*. Rosario: Beatriz Viterbo 2003. 143 páginas.
- Castillo, Alejandra/Muzzopapa, Eva/Salomone, Alicia/Urrejola, Bernarda/Zapata, Claudia (eds): *Nación, Estado y cultura en América Latina*. Santiago de Chile: Universidad de Chile/Lom Ediciones 2003. 347 páginas.
- Jelin, Elizabeth: *Los trabajos de la memoria*. Madrid/Buenos Aires: Siglo XXI de España Editores/Siglo XXI de Argentina Editores 2002. 146 páginas.
- Jelin, Elizabeth/Langland, Victoria (comps.): *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*. Madrid/Buenos Aires: Siglo XXI de España Editores/Siglo XXI de Argentina Editores 2003. 219 páginas.
- Jelin, Elizabeth/Longoni, Ana (comps.): *Escrituras, imágenes y escenarios ante la represión*. Madrid/Buenos Aires: Siglo XXI de España Editores/Siglo XXI de Argentina Editores 2005. 264 páginas.
- Pacheco, Carlos/Rivas, Luz Marina (coords.): *Novelar contra el olvido. Estudios. Revista de Investigaciones Literarias y Culturales* (número especial), 9, 18, 2001. 232 páginas.
- Sarlo, Beatriz: *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo*. Buenos Aires: Siglo XXI de Argentina Editores 2005. 166 páginas.
- Thies, Sebastian: “La verdadera historia es el olvido.” *La verdadera historia es el olvido*. *Alterität und Poetologie der Memoria in der gegenwärtigen historischen Erzählliteratur Mexikos*. Berlin: tranvía 2004. 326 páginas.
- Unnold, Yvonne S.: *Representing the Unrepresentable. Literature of Trauma under Pinochet in Chile*. New York, etc: Lang 2002. 202 páginas.
- Vezzetti, Hugo: *Pasado y Presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI de Argentina Editores 2002. 236 páginas.